Acercamiento a la experiencia de la salud en Jesús

José Antonio Pagola

A medida que voy ahondando en la persona de Jesucristo como sanador, va creciendo en mí una convicción: la necesidad que tenemos de redescubrir el contenido sanante del evangelio y la fuerza terapéutica de la fe cristiana si queremos promover la evangelización en el interior de una sociedad tan insana como es la nuestra.

El presente estudio quiere ser una primera y modesta aportación hacia una cristología terapéutica. Sólo desde una comprensión adecuada de Jesús como fuente de vida y salud humana auténtica podremos ir descubriendo:

a) Cómo colaborar hoy, desde una inspiración evangélica, en la promoción de una nueva cultura de la salud, más atenta a todas las dimensiones del ser humano y más abierta a la salvación definitiva del hombre.

b) Cómo evangelizar la praxis médica actual, los esfuerzos de las diferentes medicinas alternativas y esa búsqueda de salud tan intensa y, a veces, tan ambigua y distorsionada del hombre contemporáneo.

c) Cómo promover un estilo de vida sano cultivando la fe cristiana como una experiencia liberadora tanto en el disfrute de la salud como en el sufrimiento de la enfermedad o la desgracia.

d) En definitiva, cómo anunciar y ofrecer al hombre de hoy la salvación que se encierra en Jesucristo como fuerza sanante que puede ser experimentada ya, desde ahora, dentro de los límites y la fragilidad de nuestra existencia actual.

I. LA SALVACIÓN OFRECIDA COMO SALUD

Podemos decir que Jesucristo es el anuncio y el ofrecimiento de la salvación de Dios bajo forma de salud. Es el primer dato que deseo subrayar pues es fácil constatar en los exégetas una tendencia a polarizar su atención sobre la relación de Jesús con los enfermos olvidando que la salud es el horizonte, la meta y la inspiración de su actividad mesiánica.

1. Salud como lugar de salvación

Jesús no desarrolla ningún discurso sobre la salud. Sencillamente genera salud tanto en los individuos como en la convivencia social. Toda su actuación queda resumida así en

la memoria de la primera comunidad: "*Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*" (Hch. 10, 38).

La presencia y la intervención de Jesús siempre tienen un carácter saludable. A veces, se olvida que en los evangelios faltan por completo los milagros punitivos o de castigo tan frecuentes en el mundo antiguo[1]. Todos los gestos que Jesús realiza están orientados a promover la vida y la salud del ser humano. Su misma actividad curadora no se reduce a quitar enfermedades sino que se dirige a producir un hombre sano.

Pero no hemos de pensar sólo en las curaciones. Toda su actuación despierta y promueve salud auténtica: su condena de los mecanismos inhumanos y destructivos de aquella sociedad, su lucha contra comportamientos patológicos de raíz religiosa, sus esfuerzos por crear una convivencia más solidaria y fraterna, su ofrecimiento del perdón reconciliador de Dios, su ternura hacia los maltratados por la vida, su ayuda para recuperar un corazón más limpio y atento al Espíritu... "*El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar (*sózein*) lo que estaba perdido*" (Lc 19, 10). El cuarto evangelio resume así esta *biofilia* que se encierra en toda la praxis de Jesús: "*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*" (Jn 10, 10)

Esta actividad sanadora es la que mejor caracteriza al Mesías, el Enviado de Dios. Cuando el Bautista oye hablar de estas obras *del Cristo* y pregunta si es él el que ha de venir, sólo recibe esta respuesta: "*Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Noticia*" (Mt 11, 2). Esta terapia mesiánica es epifanía o revelación de la salvación que Dios ofrece al hombre: "*Si yo expulso los demonios por el Espíritu* (Lc: el *dedo) de Dios, es que el Reinado de Dios ha llegado a vosotros*" (Mt 12, 28). La salud que Jesús promueve no es pues una simple acción médica, sino "el reflejo sobre el plano de la persona total, de la "*soteria*", es decir, de la vida en su máxima expresión"[2]. Es una acción sanadora integral que revela y encarna a ese Dios amigo de la *vida,* que se manifestaba ya como el *Sanador* de Israel: "*Yo soy Yahvé, el que te sana*" (Ex 15, 26).

Una primera conclusión podemos extraer ya de importancia notable: desde una perspectiva cristiana o mesiánica, hemos de entender y vivir la salud como experiencia de salvación en medio de nuestra condición humana actual. Nuestra salud, frágil sin duda, siempre amenazada, llamada a ser cuidada constantemente de manera responsable y solidaria, necesitada siempre de una salvación definitiva es, sin embargo, desde ahora, una experiencia salvífica privilegiada, lugar de revelación de Dios, gracia y regalo del Dios de la vida.

2. La sanación como experiencia salvífica

Si la salud es lugar de salvación, la sanación puede ser vivida obviamente como experiencia salvífica. La enfermedad es siempre fuente inagotable de preguntas para el ser humano. Una experiencia crítica que obliga a preguntarse por la condición humana, el sentido de la existencia y el destino último de la vida. Todo arranca de las preguntas más elementales: ¿Por qué la enfermedad?. ¿Por qué el sufrimiento?. ¿Por qué la caducidad y la muerte?.

Jesús supera el planteamiento del *por qué* de la enfermedad que puede encerrarnos en una postura estéril y negativa, para abordar el *para qué* de la enfermedad en una actitud positiva y fecunda. No le interesa tanto el *por qué*, sino el *para qué* y las posibilidades salvíficas que se pueden vislumbrar a partir de esa enfermedad que está ahí. Cuando los

[1] 1. La maldición de la higuera que queda estéril es un gesto simbólico que no daña a ninguna persona (Mt 21, 18-22 = Mc 11, 20-24). Es significativo que Lucas haya preferido presentarla bajo forma de una parábola sobre la paciencia de Dios (Lc 13, 6-9).

[2] SPINSANTI, S.*: L'Alleanza terapeutica. Le dimensioni della salute. (Roma, 1988), p. 73-74.*

discípulos preguntan por la causa de la enfermedad: "*Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego*"?, Jesús responde: "*Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios*" (Jn 9, 2-3). Las enfermedades que afligen a los hombres pueden ser lugar privilegiado para poner en marcha esa praxis mesiánica salvadora que revela al Dios Salvador. De ahí la importancia de la acción sanadora en Jesús y en todo proceso de evangelización.

La sanación como experiencia integral de recuperación de vida, afirmación de la propia dignidad, crecimiento de la confianza, libertad y señorío, es siempre un misterio. Un proceso creativo donde se experimenta la victoria frente al mal y el predominio de la vida sobre la amenaza de la muerte. Precisamente por eso, la sanación viene a ser experiencia privilegiada de salvación, lugar de encuentro del hombre que busca, desde sus raíces, la salud de todo su ser y ese Dios que viene hacia él como origen y fundamento de la vida.

Pocas experiencias tan radicales y básicas como la sanación para experimentar el acercamiento misterioso de Dios al hombre y la acogida agradecida de éste. No nos ha de extrañar la insistencia de Lucas en resaltar la alabanza y el agradecimiento de las muchedumbres (7, 16; 9, 43; 18,43) y, sobre todo, de los mismos que son curados (5, 25; 13, 13; 17, 15) porque "*Dios ha visitado a su pueblo*" (7, 16) a través de la acción sanadora de Jesús. La alabanza a Dios es explosión de vida y salud plenas. Quien no puede alabar tiene todavía en su interior alguna enfermedad o forma de muerte. Desde una perspectiva creyente, ahí radica una de las diferencias esenciales entre la curación y la sanación.

Diez leprosos quedan curados por Jesús de la terrible enfermedad que destruye su organismo, pero sólo uno vuelve *glorificando a Dios* y sólo él escucha estas palabras de Jesús: "*Levántate y vete, tu fe te ha salvado*" (Lc 17, 19). Sólo él queda sanado. Por tanto, colaborar en la sanación de un ser humano no es sólo un gesto de compasión o un servicio de solidaridad para curar su organismo. Es un gesto evangelizador que puede ayudar al otro a vivir una experiencia que le acerque y le abra al Dios de la vida.

3. La fuerza sanante de la fe

Si la sanación puede ser lugar privilegiado de encuentro salvífico con Dios, no nos ha de extrañar que la conversión al Dios de la vida encierre una fuerza básica para crecer en vida auténtica, salud y armonía personal. Es significativo observar que Jesús entiende su llamada a la conversión como una acción sanadora: "*No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. Yo no he venido a llamar a la conversión a los justos, sino a los pecadores*" (Lc 5, 31-32 = Mc 2, 17, Mt 9, 12-13). Convertirse a Dios, creer en el Evangelio de Jesucristo, es ponerse en camino hacia una verdadera salud; iniciar la sanación de nuestro ser para una vida nueva; entrar por un camino que conduce al despliegue y la maduración sana de la persona. Dios "*no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*". Por eso, convertirse es buscar vida, *nacer de nuevo* (Jn 3, 3), irnos liberando de actitudes insanas y mecanismos destructivos que anulan nuestra vida, reconocer posibles errores del pasado y responsabilidades no asumidas en el camino hacia la vida, escuchar la llamada de Dios que busca nuestra salud y salvación integral. Así se entiende la grave advertencia de Jesús: "*Si no os convertís, todos pereceréis*" (Lc 13, 3.5).

El mensaje de Jesús parece claro. La salvación se va cumpliendo o va fracasando ya en nosotros a lo largo de nuestra existencia. Y en la medida en que vamos acogiendo esa salvación en nuestra persona, la vida se va desplegando en nosotros de manera más sana y saludable. De hecho, los primeros cristianos hablan de "*la conversión que lleva a la vida*" (Hch 11, 18).

Es el cuarto evangelio el que más explícitamente presenta la fe como acceso a una calidad de vida nueva (*zôê* y *zôê aiônios*). Cristo es la Vida (14, 6). Sus palabras son espíritu y

vida (6, 63). Quien le acoge se encuentra con "*un manantial que brota dentro de él dando vida definitiva*" (4, 14)[3].

La persona se abre a una vida más plena cuando, al creer en Jesucristo, pasa de una postura de defensa a una acogida confiada de Dios; del miedo al amor; del aislamiento a la entrega; de la arrogancia a la obediencia humilde; de la autocondenación a la aceptación del perdón. Esta acogida sana del Dios de Jesucristo suscita una relación nueva con nosotros mismos, con los demás y con el mundo entero. Nos sana de miedos, vacíos y heridas del pasado. Nos enraíza de una manera nueva en la vida.

Es significativo el lenguaje de "la parábola del hijo pródigo". El padre hace una fiesta porque el hijo "*estaba muerto y ha vuelto a vivir*" (Lc 15, 24-32). Esta vida de calidad nueva no se identifica con la salud física, pero el creyente la posee desde ahora como una fuerza que unifica y orienta a toda la persona en una dirección más sana: sus fuerzas físicas, su riqueza emotiva, su actividad mental, sus energías espirituales, la orientación última del ser.

Por ello mismo, no nos ha de extrañar ver a Jesús poner en marcha la sanación de los enfermos despertando en ellos precisamente esa fe que puede reconstruir y sanar a la persona. Es la fe suscitada por Jesús la que conduce a la sanación: "*Tu fe te ha sanado*" (Mc 10, 52; Mt 9, 22).

II. EL MODELO DE SALUD EN JESÚS

Detrás de un modelo de salud se esconde siempre una determinada concepción del hombre. De ahí la importancia de preguntarnos qué es la salud para el hombre de hoy, qué clase de salud quiere tener, qué es lo prioritario en la salud. Son muy notables los esfuerzos que se vienen realizando en nuestros días por aproximarnos, al menos conceptualmente, a un modelo de salud que vaya corrigiendo y superando los aspectos poco humanos de una salud excesivamente medicalizada, tecnificada, institucionalizada o ingenuamente idealizada. ¿Qué puede aportar el evangelio a esta búsqueda de un modelo de salud siempre más humano?. ¿Dónde reside el valor de su posible contribución?

La salud que Jesús aporta no aparece vinculada a los santuarios, como en el caso de los relatos helénicos[4] o estructura sanitaria alguna. No es fruto de una dinámica de carácter técnico-profesional. No se entiende tampoco como una actividad de tipo mágico. Su valor se nos revela en relación con el Reino de Dios y el señorío de la vida que estamos llamados a proclamar e instaurar. Jesús no viene a suplantar los diferentes esfuerzos de la humanidad por lograr una mejor salud, sino a revelar la dimensión más profunda de la acción sanadora y a promover un hombre nuevo, de vida auténticamente sana[5]. Sin pretender un desarrollo exhaustivo, vamos a apuntar algunos rasgos de esta salud:

a) **Salud integral**

La salud que Jesús promueve no consiste sólo en una mejoría física. Su acción sanadora va más allá de hacer retroceder una enfermedad o eliminar un problema orgánico. Jesús busca la sanación integral de la persona, reconstruir enteramente al enfermo, hacer emerger un hombre más sano. Juan nos dice explícitamente que el hombre que ha sido curado por Jesús ha sido sanado enteramente (di la salud a un "hombre entero" = Jn 7, 23). La salud que Jesús suscita no es fruto de un tratamiento médico dirigido a eliminar una enfermedad, sino que remite a una sanación más profunda y total. La salud física va incluida aquí dentro de una acción sanadora más integral. Recordemos el uso indistinto

[3] *3. Conf.* J. MATEOS y J. BARRETO*: El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético.* (Madrid, 1979), Artículo *Vida, p.* 1088~1091.
[4] Recordar el célebre Asklepleion de Cos o el Santuario de Epidauro atendido por sacerdotes médicos. Ver art. *Salud* en Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, vol.IV, p. 139.
[5] X. LEON-DUFOUR: *Los milagros de Jesús* (Madrid, 1979), p. 351-352.

que hace Lucas del término *"sozein"* que significa al mismo tiempo curar y salvar (7, 50; 17, 19; 19, 10; Mc 16, 31). Jesús cura salvando a la persona y salva a la persona curando.

b) **Salud radical**

Jesús busca una salud radical tratando de sanar a la persona desde sus mismas raíces, desde el centro, desde la fuente. Pone al enfermo en contacto con esa parte de su ser que está todavía sana, estimulando lo mejor de ese deseo de vida que se esconde en todo hombre. En este sentido hemos de entender su interpelación radical al enfermo de la piscina de Bezatá: *"Tú, ¿quieres curarte?"* (Jn 5, 6). Este es el primer paso en toda sanación verdadera. No basta que el enfermo pida ser curado. Es necesario que él mismo desee sanar desde el fondo de su ser[6]. Recordemos también la pregunta decisiva al ciego de Jericó: *"Tú ¿qué quieres que yo te haga?"* (Mc 10, 51). No hemos de olvidar esta perspectiva sanante al considerar la actividad amplia de Jesús urgiendo a todos a una *conversión del corazón.* En la mentalidad semita el corazón es la sede de las decisiones, el lugar donde se decide la vida o la muerte de la persona. Es decisivo sanar el corazón pues *"de dentro del corazón del hombre sale lo malo"* (Mc 7, 21 y par.).

c) **Salud liberadora**

Jesús entiende la salud como liberación. Para Él, sanar es liberar la vida encadenada por el mal. Desbloquear lo que impide el despliegue sano de la persona. Así dice a la mujer *atada por Satanás* durante dieciocho años: *"Mujer, quedas libre de tu enfermedad"* (Lc 13, 12).

La sanación verdadera libera a la persona, la conduce a una apropiación más plena de su cuerpo y a un señorío más profundo de la propia existencia. Esto es lo que subraya de manera admirable Marcos al narrar las expulsiones de demonios que Jesús realiza (Mc 1, 23-28; 5, 1-20; 9, 17-29). No hemos de ignorar esta perspectiva sanadora al leer la acción liberadora de Jesús de todo lo que oprime y esclaviza el verdadero ser del hombre. Así nos dice el cuarto evangelio en una especie de síntesis: *"Si os mantenéis fieles a mi Palabra seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres"* (Jn 8, 31).

d) **Salud reconciliadora**

Jesús promueve la salud como integración de la persona. Sanar es liberar de la dispersión, de la fragmentación, de la división interior, de todo lo que es "diabólico" ("diabolos" = "el que separa"). La salud es crecimiento hacia la armonía, la unificación, la reconciliación con el propio ser y con la vida. Jesús pone *"shalom"* en la vida de las personas, es decir: paz, bendición, perdón, armonía, confianza ante el futuro. Lucas describe a Jesús sanando a la hemorroísa y perdonando a la pecadora con las mismas palabras: *"Tu fe te ha sanado. Vete en paz"* (7, 50; 8, 48). Salud es liberación de la culpa, del miedo, de la ansiedad ante el futuro. Desde esta perspectiva sanadora hemos de entender la actividad reconciliadora de Jesús perdonando a los pecadores, publicanos y prostitutas. Jesús engloba el perdón en la misma acción sanadora (Mt 9, 4-6 y par.). La persona recobra salud reconciliándose con Dios, fundamento de su ser, y reconciliándose consigo misma y con la creación entera. Por eso, puede decir la parábola que el hijo reconciliado con el padre y vuelto a la casa paterna es recuperado *sano* (Lc 15, 27).

e) **Salud transformadora**

La salud que Jesús opera en la persona transforma en adelante su vida. Implica un modo nuevo de vivir, una cualidad nueva en el comportamiento, una verdadera conver-

6. H. WOLFF: *Gesú Psicoterapeuta. L'attegiamento di Jesú nei confronti degli uomini come modello della moderna psicoterapia. (Brescia, 1982), p. 22-25.*

sión. Los relatos de curaciones trabajados por los evangelistas con una intención catequética lo muestran con diversos recursos. La curación de Bartimeo es un ejemplo preclaro. Al comienzo del episodio, el enfermo aparece descrito con tres rasgos: es un *ciego* incapaz de ver a Jesús; está *sentado* en oposición a los discípulos que siguen a Jesús; se encuentra *junto al camino,* fuera del camino que Jesús lleva hacia Jerusalén. Después del encuentro con Jesús, el evangelista nos describe así la transformación operada: "*recobró la vista y le seguía por el camino*" (10, 52). Así pues descubre a Jesús con una luz nueva, se convierte en su seguidor y se adentra en el camino que lleva el mismo Jesús hacia la muerte y resurrección. Otras veces, esta transformación es apuntada de manera más discreta, como en la curación de la suegra de Simón que, curada por Jesús, "*se levanta y se pone a servir*" (Lc 4, 39). El evangelista emplea una terminología (*anístemi* = resucitar y *diakonéo* = servir) que en la primera comunidad sugiere la actitud de la persona que *resucita* en Cristo vive en *el servicio* (diakonia) a los hermanos.

f) **Salud responsable**

Para Jesús sería equivocado atribuir todo deterioro de la salud a la responsabilidad culpable de la persona, como si la enfermedad estuviera siempre vinculada a un desorden moral. No hay una conexión necesaria entre la enfermedad y el pecado: *"ni él pecó ni sus padres"* (Jn 9,3). Por ello, sería injusto exasperar el sentimiento de culpa del enfermo encerrándolo en su propio pecado. Pero sería también una postura equivocada eliminar de manera absoluta la responsabilidad de cada uno ante su propia salud.

Hemos de contar con el pecado y la actuación más o menos patógena de la persona. Esta es la advertencia de Jesús al enfermo de Bezatá: *"Mira, has quedado sano. No peques más, no sea que te ocurra algo peor"* (Jn 5,14).

Jesús no abandona el asunto de la salud en manos del fatalismo ni considera la enfermedad como un mal inexorable. Más bien contempla a la persona como responsable de su salud: *"¿Tú quieres curarte?"* (Jn 5,6). Hay que pasar del sentimiento de pura víctima a la actitud de mayor responsabilidad.

Desde esta perspectiva hemos de leer también la invitación de Jesús a los curados a caminar de nuevo, valerse por sí mismos y reintegrarse a la convivencia: *"Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa"* (Mc 2,4); Jn 5,8).

g) **Salud ofrecida a los más débiles**

La enfermedad no respeta a nadie. Ricos y pobres se ven afectados por el mal. Pero los evangelios nos presentan a Jesús ofreciendo la salud a los más débiles e indefensos, los excluidos de la convivencia social por su alto riesgo, los marginados de la sociedad. Los evangelios aluden al elevado coste de los médicos (Mc 5, 26) a los que ciertamente los enfermos pobres no pueden acudir. Aunque Jesús no niega su acción sanadora a personas acomodadas como el centurión de Cafarnaúm (Mt 8, 5-13 = Lc 7, 1-10) o Jairo, el jefe de la Sinagoga (Mt 9, 18-26 y par.), los evangelistas subrayan que se acerca preferentemente a los más desvalidos y sin recursos, personas que no tienen quién se ocupe de ellos (Jn 5, 7), enfermos que experimentan su mal como algo insoluble en aquella sociedad[7].

Es significativo que los sinópticos no empleen el verbo "*therapeúo*" en su sentido original que es "servir a alguien más poderoso". En los evangelios este término significa exclusivamente curar y se emplea continuamente para expresar la acción sanadora de Jesús a los más pobres[8]. La sanación que Jesús opera no es pues un servicio terapéutico en favor de los poderosos y privilegiados, sino amor entrañable a los últimos.

---

[7] J. A. PAGOLA: *Jesús y los enfermos desasistidos y necesitados.* En LABOR HOSPITALARIA n. 208 (1988) p. 135-138.

[8] L. COEMEN, E. BEYREUTHER y H. BIETENHARD: *Diccionario teológico del Nuevo Testamento (Salamanca,* 1984) vol. IV, art, *Salud, curación, p.* 136-137.

h) **Salud portadora de un mensaje**

Las curaciones que Jesús realiza no son hechos aislados y sin sentido, sino que aparecen siempre en conexión y al servicio del Evangelio. Según los evangelistas, "proclamación del Reino" y "sanación de los enfermos" son los dos componentes que integran el contenido de su actividad. Son significativos los sumarios donde se resume esta actuación: "*Jesús recorría toda Galilea... proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia en el pueblo*" (Mt 4, 23; 9, 35; Lc 6, 18, etc.). La proclamación del Reino y la acción sanadora están en conexión de manera que la salud que Jesús hace emerger ha de ser leída como una invitación a escuchar su mensaje. Recordemos que, según los relatos evangélicos, Jesús rehusa realizar curaciones de manera arbitraria o por puro sensacionalismo, sin que estén al servicio de la evangelización.

De hecho, los enfermos liberados del mal que los atormenta e impide el despliegue pleno de su vida, experimentan la salud como *evangelio,* buena noticia que irrumpe en sus vidas dando a su existencia una calidad nueva. Recuperada la salud, muchos enfermos glorifican a Dios con distintos matices de alegría, alabanza o agradecimiento (Lc 5, 25; 13, 13; 17, 15; 18,43).

Y no sólo ellos. También la gente, testigo de la sanación, se sienten invitadas a la alabanza y la acción de gracias (Mc 2, 12; Lc 5, 26; 7, 16; 9, 43; 18, 43). Más en concreto, la sanación se convierte en una experiencia que invita a escuchar el mensaje de Jesús y acogerlo como portador de salvación y liberación para el hombre (Mc 1, 27; 11, 28). Ha llegado "el más fuerte" (Lc 11, 22 y par.) que tiene poder para librar del mal. No es extraño que los mismos sanados que llevan en su propia carne la salud recibida de Jesús se conviertan en evangelizadores de su salvación (Mt 9, 31; Mc 1, 45; 5, 20; 7, 36 y sobre todo Jn 9, 1-40).

i) **Salud individual y social**

Sería desfigurar totalmente a Jesús imaginarlo preocupado únicamente de la salud de los individuos y olvidado de la salud colectiva. En realidad su acción evangelizadora no es sino poner en marcha un profundo proceso de sanación tanto individual como social. Incluso cuando sana y transforma la vida de un individuo, esta sanación tiene una repercusión comunitaria. Jesús lo proclama en la conversión de Zaqueo: "*Hoy ha llegado la salvación a esta casa*" (Lc 19, 9).

La renovación de Zaqueo es fuente de salvación para su familia. Estamos, por tanto, muy lejos de una actividad sanitaria orientada a lograr en cada individuo una "*mens sana in corpore sano*". Como dice K. Barth: "El principio "*mens sana in corpore sano"* puede ser perfectamente egoísta y salvaje si vale sólo para el individuo y no significa también "*in societate sana"*[9]. La salud que Jesús busca no es sólo un asunto individual sino social, pues se trata de hacer nacer un *hombre nuevo* en todas sus dimensiones.

Jesús está promoviendo salud social cuando defiende una convivencia fundamentada en la verdad y desde la verdad (Lc 6, 41-42; Mt 5, 37), o cuando trabaja por unas relaciones sociales donde el amor tenga la última palabra (Jn 13, 35; 15, 13) y unifique el comportamiento de las gentes (Mt 22, 36-40). Jesús trabaja por una sociedad más sana cuando invita a una vida liberada de la esclavitud del dinero (Mt 6, 24) y la obsesión por las cosas (Mt 6, 21), o cuando se esfuerza por crear una mayor fraternidad entre hombres que se respeten más (Mt 5, 21-26), se comprendan mejor (Mt 7, 15) y se perdonen sin condiciones (Mt 18, 21-22).

---

[9] K. BARTH: *Dogmatique.* Vol. III/4, parte II (Ginebra, 1965), p. 44-45, Citado por S. SPINSANTI: *Il corpo nella cultura contemporanea.* (Brescia, 1985, p.105, nota 13.

Jesús lucha por una salud social mejor cuando denuncia el estado esquizofrénico de una sociedad dividida, donde los ricos comen y ríen contentos mientras, junto a ellos, los pobres y hambrientos siguen llorando (Lc 6, 20-26), o cuando condena una vida religiosa y moral reducida a legalismo y culto vacío, y olvidada de la justicia y el amor (Lc 11, 40-42; Mt 23, 23-24).

j) **Salud no idolatrada**

No hay en Jesús nada que sugiera un culto al cuerpo joven, sano, vigoroso y bello. La salud que Él promueve no es un objetivo en sí misma, un *absoluto* al que hemos de subordinarlo todo. También aquí podemos decir que no es el hombre para la salud, sino la salud para el hombre. No hemos de vivir para cuidar nuestra salud, sino que cuidamos la salud para vivir como seres humanos. De ahí la advertencia de Jesús: "*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*" (Mt 4, 4; cf. Dt 8, 3).

Jesús busca siempre la salud como fuerza que nos permite ser más humanos. No se trata de cultivar la salud o cuidar nuestra vida a cualquier precio, a costa de quien sea, actuando incluso de manera inhumana o arriesgando nuestro destino último: "*No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar la vida; temed si acaso al que puede acabar con vida y cuerpo en la gehena*" (Mt 10, 28).

El bienestar físico no tiene pues la última palabra. Es bueno preguntarse: ¿qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué nos vamos a vestir?; pero es necesario no olvidar que "*lo primero es buscar el Reino de Dios y su justicia*" (Mt 6, 31-33). En su búsqueda de salud el hombre sigue siendo responsable ante Dios y ante los demás de lo que hace con su vida. Sigue siendo responsable de promover el Reino de Dios y su justicia. Por eso, hay una manera sana de perder vida y salud ganándolas para siempre, y es disponer de ellas al servicio del Evangelio. Esta es la promesa de Jesús: "*quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará*" (Mc 8, 35 y par.). Jesús es el primero en hacerlo: "*Yo doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita. Yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo*" (Jn 10, 17-18). Dice el evangelista que estas palabras provocaron entre los oyentes el escándalo: "*tiene un demonio y está loco*" (Jn 10, 20). La pregunta es obvia: ¿es sano un hombre que pierde su vida entregándola a la cruz?. ¿Es sano el Crucificado?.

No es este el momento de desarrollar una teología de la cruz, pero no hemos de olvidar que los cristianos seguimos anunciando que la salvación del mundo acontece en una *salud crucificada* por amor a Dios y a los hombres. La cruz sigue siendo hoy *escándalo y necedad* en la mayoría de los modelos vigentes de salud. Pero desde la fe, es el criterio último de todo modelo de salud que se quiera cristiano.

Esta "salud crucificada por amor" es el juez más implacable y el libertador más radical de cualquier salud deshumanizada por el egoísmo, el orgullo, la insolidaridad o el miedo. En ella descubrimos los creyentes que "*la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres*" (1Co 1, 25).

k) **Salud abierta a la salvación**

La salud humana, vinculada siempre al cuerpo, es limitada y vulnerable, expuesta al sufrimiento; amenazada por la enfermedad, el desgaste y el envejecimiento; destinada a la muerte. Por eso, tarde o temprano, brota en el corazón humano la pregunta ineludible: ¿qué va a ser al final, de todos y cada uno de nosotros? Incluso esa "salud crucificada por amor" ¿qué sentido puede tener si termina en la destrucción de la muerte? Tal como la experimentamos en nuestra condición actual, nuestra salud necesita ser salvada si ha de responder al anhelo de vida plena que habita el corazón del hombre.

En esto ha consistido precisamente la obra redentora de Cristo: en afirmar nuestra vida, restituirla a su verdadera dignidad y desplegarla hacia su plenitud total en Dios. El

cuarto evangelio desarrolla de manera particular esta teología de Jesucristo como portador de vida y vida eterna. Él es "*el pan de la vida*" (6, 35.48), "*la luz de la vida*" (8, 12), "*la resurrección y la vida*" (11, 25), "*el camino, la verdad y la vida*" (14, 6). Por ello, "*todo el que crea en él, aunque muera, vivirá*" (11, 25). Esta vida definitiva ("zôê aiônios"), cualitativamente diferente de nuestra salud frágil y caduca, no es, sin embargo, algo que comienza después de la muerte. El creyente la puede experimentar de alguna manera desde ahora (3, 36; 5, 24; 6, 47; 6, 54)[10]. Y la experiencia fundamental es el amor: "*Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. No amar es quedarse en la muerte*" (I Jn 3, 14).

El creyente disfruta la salud o sufre la enfermedad, cuida su vida o se acerca a su término biológico sabiendo que el hombre no es "*un ser para la muerte*" (M. Heidegger), sino para la vida plena de Dios. Él será quien un día "*enjugará las lágrimas de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni luto ni llanto ni dolor, pues el mundo viejo habrá pasado*" (Ap 21, 4)."*Al que tenga sed, Dios le dará gratuitamente del manantial del agua de la vida*" (Ap 21, 6).

III. JESÚS, MODELO DE RELACIÓN SANADORA

Jesús no es propiamente un médico, especialista en enfermedades, dedicado a diagnosticar males y aplicar remedios adecuados, sino un sanador que, al ofrecer la salvación de Dios, hace crecer la salud de las personas y de la sociedad entera. Por ello, lo importante no es estudiar los recursos externos que puede emplear para obtener unas determinadas curaciones, sino la calidad de la relación sanadora que establece con las personas para suscitar en ellas un proceso de auténtica sanación.

1. Irradiación personal de la salud

Los evangelistas nos informan que las gentes buscaban a Jesús para que sanara a los enfermos. Los textos subrayan a menudo que aquellos que se acercan a Él son curados (Mt 4, 23-24; Mc 1, 34; 3, 10, etc.). Por eso, los enfermos no buscan aplicarse un remedio indicado por Jesús, sino ponerse en contacto con su persona: "*Todos los que sufrían algún tormento se le echaban encima para tocarlo*". (Mc 3, 10).

Aunque los evangelistas indican en alguna ocasión la utilización de alguna técnica como la saliva (Mc 7, 33; 8, 23; Jn 9, 6.14), lo importante no es el procedimiento utilizado sino Él mismo, la fuerza sanadora que irradia su persona. Jesús sana desde sí mismo, no desde unos remedios curativos. Irradia salud desde lo más profundo de su ser. La palabra sanadora (Mt 8, 16; Mc 3, 5; Lc 17, 14, etc.) o el gesto de la imposición de manos (Mc 5, 23; 7, 32; Lc 13, 13) no hacen sino encarnar esa presencia sanante de su persona. Como dice H. Wolff, *"La terapia que Jesús pone en marcha es su propia persona*"[11]. La terapia es Él mismo.

Los evangelistas llegan a hablar de "la fuerza sanadora" (*dynamis*) que salía de Jesús. "*Salía de él una fuerza que sanaba a todos*" (Lc 6, 19. Conf. Mc 5, 30). Este lenguaje se aproxima, sin duda, a ciertas concepciones helénicas, pero en ningún caso hemos de entender la energía sanadora de Jesús como una fuerza mágica. Su imposición de manos nunca tiene el aire de un conjuro ni sus palabras son fórmulas mágicas. Su fuerza sanadora brota del Espíritu de Dios que lo habita. Si pasa haciendo el bien y sanando a todos es como dice Lucas, porque vive "*ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*" (Hch 10, 38; conf. Lc 1, 35; 4, 14). Por eso, sus manos son "*bendición de Dios*" (Mt 19, 13-15; Mc 10, 16), sus palabras "*espíritu y vida*" (Jn 6, 63) y en su acción sanadora se hace presente el Espíritu de Dios (Mt 12, 28).

[10] C. H. DODD: *The Interpretation of the Fourth Gospel.* (Cambridge, 1968), p. 144-150.
[11] H. WOLFF. O.c., p. 16.

Esta comunicación de salud desde la fuerza del Espíritu no suplanta ni invalida los esfuerzos terapéuticos de los hombres en su lucha contra el mal. No hay en Jesús crítica alguna a los médicos. Él mismo no rehuye la utilización de las técnicas curativas de la época (Mc 7, 33; 8.23; Jn 9, 6.14) ni las medidas higiénicas vigentes con los enfermos (Lc 17, 14; Mt 8, 4). Lo que en Jesús se revela es la fuerza sanadora que el ser humano puede transmitir a través de toda su actividad, su técnica y su trabajo cuando se deja habitar por el Espíritu de Dios.

2. Amor sanador

En el núcleo de esta acción sanadora de Jesús e inspirando todas sus actuaciones encontramos siempre el amor. Los evangelistas emplean el verbo *splanchnízomai* para expresar que a Jesús "*se le conmueven las entrañas*" ante el sufrimiento de las gentes (Mc 1, 41; Mt 20, 34; Lc 7, 13, etc.). No es posible sanar desde el egoísmo, el rechazo, el resentimiento o el miedo. La sanación que Jesús promueve se suscita desde el amor y a través del amor. Está inspirada e impulsada por la compasión, es decir, por una preocupación verdadera por el sufrimiento del enfermo y un deseo eficaz de liberarlo de él. Sin esa compasión puede haber técnica curadora o remedio terapéutico, pero no se puede producir esa relación sanadora que Jesús establece con las personas. En Jesús, sanar es su forma de amar. Este amor sanador está hecho de cercanía, solicitud, tacto cariñoso, estimación del enfermo, respeto a su propia capacidad de sanación. Podemos decir que cuando Jesús se detiene ante los enfermos para perdonar, curar su mal, imponer sus manos, devolverlos a la convivencia, les está mostrando, antes que nada, que son dignos de ser amados.

Como es obvio, Jesús regala la sanación. Su amor no es posesivo. No pretende del enfermo nada para sí mismo, ni siquiera que el curado se agregue al grupo de seguidores (Mc 5, 19). Esta sanación es siempre algo gratuito, y así la tendrán que regalar también sus discípulos (Mt 10, 8). Al verdadero sanador le basta con disfrutar él con la salud que comunica. Así hace Jesús que "*se llena de gozo en el Espíritu Santo*" al ver a sus discípulos volver alegres después de haber expulsado demonios en su nombre. "*Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla*" (Lc 10, 17-21).

3. Rasgos de su actitud sanadora

A pesar de su intención primordialmente catequética y teológica, la descripción que los evangelios hacen de la actividad sanadora de Jesús nos permite, de alguna manera, aproximarnos a su actitud.

- Jesús adopta una actitud básica de servicio y disponibilidad, bien resumida en su pregunta al ciego de Jericó: "*¿qué quieres que yo te haga?*" (Mc 10, 51). Es significativo que Mateo interprete toda la actividad curadora de Jesús citando de manera forzada un texto de Is 53, 5 para presentar a Jesús como el Siervo que alivia a los hombres de sus males: "*Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades*" (Mt 8, 16-17)[12].

- Es también clara la actitud netamente positiva de Jesús de afirmación de la vida y deseo de salud para el enfermo que es descrita, incluso explícitamente, por los evangelistas: "*quiero, queda limpio*" (Mc 1, 41. Conf. Mt 8, 10; 15, 28). Es tan fuerte esta voluntad de "*salvar una vida en vez de destruirla*", que Jesús se atreve a violar la ley del sábado (Mc 3, 1-6) y las normas vigentes del trato a impuros (Mc 1, 41).

- Al mismo tiempo, Jesús adopta una actitud esperanzadora oponiéndose a todo lo que puede deteriorar la confianza del enfermo. Así interpela al padre del epiléptico: "*¡Qué es eso de si puedes!. Todo es posible para quien cree*" (Mc 9, 23). Jesús sana conta-

[12] En el texto original de Is 53, 5, el Siervo *toma* sobre sí nuestros dolores por su propio sufrimiento expiatorio. Ver nota de la *Biblia de Jerusalén*, Mt 8, 17.

giando su fe. "*No temas, solamente ten fe*" (Mc 5, 36). Los relatos parecen sugerir que Jesús y el enfermo se unen en una misma confianza para buscar la salud. El enfermo no se siente ya solo y abandonado. En medio de su debilidad se siente a sí mismo en Jesús. Confiando en él, puede abrirse a la vida.

- Por otra parte, Jesús *ayuda* a los enfermos a poner en marcha *su propio potencial sanador*. Son ellos los que han de decidir si quieren cambiar de vida y curarse: "*Tú, ¿quieres curarte?*" (Jn 5, 6). Perdonando sus pecados y curando sus heridas pasadas, Jesús les invita a volver sobre el camino de una vida mejor: "*Mira, has quedado sano. No peques más*" (Jn 5, 14). Ellos tienen que recorrer ahora su propio camino de autosanación. Jesús no crea dependencia. Su tarea consiste en poner al enfermo a caminar bajo su propia responsabilidad en dirección a la salud total: "*Vete en paz*" (Lc 8, 48).

- Jesús *alimenta su relación sanadora* en el mismo Dios. Para Él, sanar no es sino "*trabajar realizando las obras del que le ha enviado*" (Jn 9, 4). Su acción sanadora no es algo aislado, sino que está indisolublemente vinculada a la acción permanentemente creadora y salvadora del Padre. Después de curar al paralítico de Bezatá en sábado, Jesús se expresa así: "*Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo*" (Jn 5, 17). Por eso alimenta su fuerza sanadora en la oración al Padre. Así se lo hace saber a los discípulos: "*Esta clase (de demonios) con nada puede ser arrojada, sino con la oración*" (Mc 9, 29. Ver también Jn 11, 41).

4. Promotor de un estilo de vida sano

Los expertos afirman que "nuestro estilo de vida es el factor que más influye en nuestra salud"[13]. La tradición cristiana ha visto casi siempre las exigencias del evangelio como una llamada a ajustar nuestra vida a la moral revelada, pero apenas ha ayudado a tomar conciencia de que la moral cristiana cuando está inspirada realmente por el espíritu de Jesús no es sino cultivar el estilo de vida que mejor conduce a una autorrealización sana.

No es éste el lugar para mostrar de manera detallada el contenido positivo y sanante de la moral cristiana. Nos basta apuntar algunos rasgos del mensaje de Jesús que nos invitan a vivir de manera más saludable.

En el núcleo del evangelio encontramos la llamada a vivir el amor a Dios y a los hermanos. En este amor a Dios encuentra el hombre, según la tradición bíblica, la integración de todo su ser, pues se trata de amar "*con todo corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente*" (Lc 10, 28). Jesús añade que este amor ha de unificar toda la conducta del ser humano; de ahí pende toda la ley y los profetas (Mt 22, 40).

Por otra parte, este amor es fuente de vida: "*Haz eso y vivirás*" (Lc 10, 28) y, al mismo tiempo, una experiencia que hace posible interiorizar en nosotros la misma alegría que ha vivido Jesús: "*Os dejo dicho esto para que llevéis dentro mi propia alegría y así vuestra alegría llegue a su colmo*" (Jn 15, 11). El Sermón de la montaña, concebido por Mateo como "*camino angosto que conduce a la vida*" (Mt 7, 14), tiene como pórtico la llamada de las Bienaventuranzas a seguir un estilo de vida que lleva a la auténtica felicidad (Mt 5, 3-10).

Jesús se detiene además en aspectos muy concretos de una vida sana: no hemos de dejar que el corazón quede cogido por la obsesión de las cosas y del dinero (Mt 6, 19-21; 6, 24), ni que la envidia dañe nuestra persona (Mt 6, 22-23). Es sano caminar en la verdad sencilla (Mt 5, 37) y vivir el presente sin agobiarse por el mañana, pues cada día tiene bastante con sus problemas (Mt 6, 34), etc.

El cuarto evangelio entiende la vida del seguidor de Cristo como una experiencia de *shalom o* paz que el mundo no puede dar (Jn 14, 27) y que puede ser experimentada in-

[13] 13. J, MC GILVRAY: *Die verlorene Gesundheit. Das verheissene Heil* (Stuttgart, 1982), p. 125. Citado por B. HARING: *La fe, fuente de salud.* (Madrid, 1986), p. 55.

cluso en medio de las tribulaciones de esta vida (Jn 16, 33). Por eso, los discípulos han de llevar *shalom* a todas las casas donde entren (Mt 10, 13). Ellos son la sal de la tierra que, si no pierde su sabor, puede salvaguardar a la humanidad de todo aquello que la descompone y corrompe (Mt 5,1).

V. LA EVANGELIZACIÓN COMO TAREA SANADORA

Al confiar a sus discípulos la misión de anunciar el Reino de Dios, Jesús les habla explícitamente de la acción sanadora como contenido esencial de la evangelización. Así lo formula Lucas: "*cuando entréis en una ciudad, curad a los enfermos que haya en ella y decid: Ya os llega el Reino de Dios*" (Lc 10, 8-9). Esta es siempre la tarea: entrar en la sociedad, curar lo que hay en ella de enfermo y, desde esa acción sanadora, proclamar a los hombres que está llegando Dios a sus vidas.

No se trata de un texto aislado. La sanación aparece siempre en las diversas tradiciones evangélicas como horizonte y contenido de la acción evangelizadora cuando Jesús envía a los Doce (Mt 10, 7-8 y par) o cuando envía a los setenta y dos discípulos (Lc 10, 8-9). Marcos lo recuerda de nuevo cuando el resucitado envía a sus discípulos a proclamar la Buena Noticia a toda la creación (Mc 16, 15-18 = final de Marcos).

Proclamar y promover el Reinado de Dios en medio de los hombres exige y lleva consigo la tarea de potenciar la vida y liberar al hombre de las fuerzas del mal. La opción por la vida, la de un ser humano más sano, no es un programa que los seguidores de Jesús pueden secundar con más o menos entusiasmo. Es contenido esencial del acto evangelizador: "*Id proclamando que el Reino de Dios está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis*" (Mt 10, 7-8).

Jesús vincula estrechamente la predicación misionera y la tarea sanadora de sus discípulos como parte de una misma dinámica que ha de abrir camino al Reinado de Dios entre los hombres: "*Los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar*" (Lc 9, 2; conf. Lc 10, 9).

1. La tarea sanadora de la Iglesia

La comunidad eclesial no ha de olvidar, por tanto, que la sanación es contenido esencial de su misión. Una Iglesia fiel a Jesús no puede proclamar la salvación descuidando su tarea sanadora como a menudo sucede. Así se lamenta B. Häring: "*La teología ha dejado bastante de lado el tema de la sanación. Lo ha descuidado en la cristología-soteriología, en la eclesiología y, sobre todo, en la teología de la proclamación de la salvación*"[14]. Hemos cuidado y desarrollado el mandato de enseñar: "*Id y enseñad a todas las gentes*"; hemos cuidado el mandato de bautizar: "*Id y bautizad*". Pero, junto a esta tarea catequética y litúrgica, no hemos sabido siempre dar su auténtico contenido al mandato de Jesús: "*Id y sanad*".

Hemos de aprender, como Iglesia fiel a Jesús, a estar en el mundo de manera sanadora. La lucha por la salud no es patrimonio exclusivo de la técnica médica o las instituciones sanitarias. Es parte esencial de la responsabilidad misionera de la Iglesia.

Esta tarea sanante de la Iglesia no se contrapone ni se enfrenta al esfuerzo que los hombres realizan por promover la salud. Es significativa la postura de Jesús, contraria a la de sus discípulos, de aceptar positivamente la acción sanadora de un hombre que no pertenece al grupo apostólico: "*No se lo impidáis, pues el que no está contra vosotros, está por vosotros*" (Lc 9, 49-50 = Mc 9, 38-40).

La misión de la Iglesia es colaborar en esa lucha por la salud dando su sentido último y su acabamiento pleno a la aspiración de salud total que se encierra en el ser humano. Esta tarea sanante de la Iglesia se sitúa a un nivel más profundo que las técnicas médi-

[14] B. HARING: *La fe fuente de salud.* (Madrid, 1986), p. 55.

cas y va más lejos que las terapias sanitarias. Los evangelios insisten en que la fuerza sanadora de los discípulos proviene de Jesús.

Es Él quien les da el poder de expulsar demonios y sanar enfermos (Mc 3, 15; 6, 7; Mt 10, l). Los discípulos sanan siempre "*en su nombre*" (Mc 16, 17-18). En realidad, la fuerza sanante de la Iglesia no es sino una participación misteriosa pero real en el acontecimiento salvador de Jesucristo, fuente de vida y salud total para el hombre.

2. El aprendizaje de una evangelización sanadora

Sentir la llamada a la evangelización es sentirnos llamados a un compromiso creativo y sanador. Los que tratamos de colaborar hoy en la tarea evangelizadora hemos de preguntarnos si nos acompañan realmente esas señales sanadoras que, según Jesús, se han de producir en la acción evangelizadora (Mc 16, 17-20).

Tal vez, hemos de aprender a evangelizar de manera más sanante. Recordando que ser evangelizador es poner en marcha desde el evangelio nuestra energía sanadora. Aprender a vivir irradiando salud. No es tarea de un grupo selecto. Todo creyente está llamado de alguna manera a hacer crecer la salud en el mundo. Marcos dice que las acciones sacadoras son "*señales que acompañarán a los que crean*" (Mc 16, 17). Todos hemos de sentirnos llamados a ser sanadores desde nuestra propia tarea y misión. Todos hemos de movernos hacia la sanación del hombre, promoviendo el Reino de Dios que es reino de paz y de justicia, reino de vida y salud. Así lo dejó señalado Jesús: "*Vosotros seréis la sal de la tierra*" (Mt 5, 13).